Los chicos de mi barrio

Jorge Eduardo Cabrera Gómez

LOS CHICOS DE MI BARRIO

Jorge Eduardo Cabrera Gómez

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2026
© Jorge Eduardo Cabrera Gómez, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206764
IBIC: FBA — FBC — YFA — AXKL — FBV
DEPÓSITO LEGAL: M-16816-2026

DEDICATORIA

Esta novela está escrita sobre la base
de mis recuerdos de juventud
en el barrio de Santa Beatriz de Lima y,
si bien los personajes son ficticios,
muchos de mis amigos de esa época, me sirvieron de referencia.
A ellos va dedicada esta obra.

A pesar de que muchos ya no están con nosotros,
mis nostalgias van para
Christian, Alfredo, Mañuco, Enrique,
Eduardo S. Eduardo F. , Charlie, Paco, Aurelio,
Carlos, Julio, Pirincho, Pepe, César, Tito.
Por parte de las chicas, Maruja, Violeta, Elena, Truddy, Lika,
Manina, Armida, Nancy, Amanda, Sofía, Lupe y sus hermanas.
Apellidos: Gillen, Portal, Soldano, Kalstein, Fuller,
De la Barrera, Gómez, Gianella, Velarde, Abad,
Zunino, Sala, Vigil, Rodrich, Messmer, Neyra,
Velasquez, Villalpando, Centurión,
Forno, Granda, Sambuccetti, Bacigalupo,
Calderón, Fernández y otros que escapan a mi memoria.

PRIMERA PARTE

EL BARRIO

PRIMER AMOR

Era el verano de un año del recuerdo, mi corazón había sido invadido, vaciado de su contenido y ocupado totalmente por un sentimiento absoluto y único. En mi pecho no cabía tal caudal de amor y muchas veces me sentía ahogado, embotado, sin respiración, anhelante. La ternura y el cariño luchaban con el aire de mis pulmones para inundarlo y expeler todo lo que no fuera ella. En mi pensamiento sólo existía su presencia, su rostro, su sonrisa, sus cabellos. Estábamos en los primeros años de un gobierno de dictador militar, había protestas, represiones, masacres, pero eso a mí me tenía sin cuidado, eran situaciones que sucedían en otras partes, lejos, en otros mundos y estaban totalmente fuera de mis preocupaciones. Las conversaciones políticas en el bar del chino Enrique, en las esquinas, en la casa, sobre la represión en Arequipa o los presos políticos en El Frontón no me interesaban. Mi pensamiento vagaba entre cómo sacarle el carro a mi padre, la película que pasaban en el cine Azul y la nueva pista de patinaje del Parque Salazar, en Miraflores.

Hacía mis cálculos financieros para el próximo domingo: pasaje en el Expreso a Miraflores: veinticinco centavos; entrada a la pista de patinaje: cincuenta centavos; helados, entrada al cine y otros gastos: un sol; que al final debía multiplicar por tres. El hermanito, celoso guardián, vigilante, cancerbero, custodio omnipresente, asistía, crítico —bajo mi financiamiento— a todas las actividades que concernían a su hermana. No se desprendía y, como un chicle, me tenía marcado al milímetro.

Llegaba, a veces, al colmo de pretender sentarse en medio de los dos, en el cine, separándonos y exagerando el rol y mandato que su madre le había asignado, bajo pena de muerte por hambre, que él cumplía a cabalidad.

Afortunadamente, esto no podía suceder en el cine Azul, ya que, en la parte alta, a ambos costados de la sala, había unos palcos con dos asientos por fila, que las parejitas nos disputábamos en la matinée de los domingos. Como eran los lugares más requeridos, y eran pocos, hacíamos gala de creatividad e imaginación para conseguirlos y conservarlos. A veces, a cambio de ponerlo como titular en el equipo de fútbol, convencía a Pichón para que acuda temprano a guardarme dos sitios. Entonces el problema se resolvía doblemente, porque cuando llegábamos, Pichón se llevaba, de paso, al famoso hermanito. Otras veces no nos quedaba más remedio que sentarlo en una butaca vacía, en la fila delante de nosotros y pelearnos con las parejas que llegaban con retraso, reclamando los dos asientos juntos. Venía entonces la acomodadora, convencía al lego de sentarse en otro lugar y este no tenía más remedio que partir refunfuñando y lanzando amenazas a su hermana de acusarla con su mamá, a lo que yo contestaba con un murmullo que quería decir: ¡vete a la mierda!

Los chocolateros, con sus vistosos uniformes azul marino, de charreteras, cordones oro, aplicaciones de pana escarlata y el pecho cubierto de botones dorados en doble fila, tenían una preferencia marcada por estos palcos. Allí su negocio, de bombones, gomas de mascar, chocolates D'Onofrio rellenos con maní —Sublimes— y otras golosinas, montado en un estante portátil que colgaban del cuello con una ancha faja de cuero, estaba asegurado, por la demostración de solvencia, necesaria, que debíamos hacer los enamorados. Los cadetes del Colegio

Militar Leoncio Prado tenían un uniforme de salida similar y su apodo evidente era: «chocolateros». Estos, en general, no gozaban del aprecio de nuestro grupo ni de ningún otro, creo. Tal vez porque ninguno de nuestros amigos estaba aún en ese colegio.

Era la época en que los chicos y las chicas, en grupos separados, compuestos por buscadores de pareja, nos iniciábamos en el juego de la seducción, del coqueteo y la conquista. Allí todo era válido, desde quitarle la enamorada a un amigo, hasta «hacerle el bajo» con la hermana o la prima. Se mezclaban los últimos espasmos de dulzura y candidez de la infancia, con una violencia encubierta que ganaba, día a día, la razón y los sentimientos de los adolescentes en su camino a la adultez.

Después de un tiempo de peleas con grupos de otros barrios, y a fuerza de una serie de recursos de los más creativos, el palco del lado izquierdo se convirtió en territorio del barrio de la cuadra diez de Enrique Barrón, era un espacio que dominábamos y, sobre el cual, los domingos teníamos jurisdicción absoluta. No se permitía que otra pandilla, otro barrio, pudiera dominarlo y lo defendíamos con artificios de toda clase. Algunas veces con bombas pestilentes, que hacían huir a los invasores y que sólo nosotros soportábamos estoicos. Otras veces con gritos alharaquientos y destemplados de «¡Temblor! ¡Temblor!», que vaciaban el palco de inmediato. No se sabía si por miedo al cataclismo o por la descomunal y exagerada desesperación de los alaridos, para lo cual Richard era especialista. De ese palco cayó Chabuco. Estaba tan espeso, que entre Lalo y yo lo tomamos de los brazos, lo fuimos descendiendo poco a poco por encima de la baranda y lo dejamos caer sobre la platea. «El Mono» también cayó, quería masturbarse en pleno cine. Cholón, amargo, lo agarró de la cintura, le dio media vuelta y

lo lanzó de cabeza al piso de abajo. Cayó sobre un grupo del barrio del Parque de la Reserva, que nos increpó de estar arrojando cojudeces.

Ella llegó una mañana soleada de verano, soplaba una tímida brisa tibia que cubría con un vaho, apenas perceptible, los densos cercos de cipreses y los vidrios claros de las ventanas. Llegó como avanzada de tres inmensos camiones con enormes tolvas cubiertas de lona amarilla. Se pararon, abrieron lentamente sus bocazas posteriores y vaciaron su interior de cajas, muebles y baúles de colores, en uno de los elegantes chalés de la cuadra diez de la calle Enrique Barrón, en Santa Beatriz. En su jardín de grama vetusta, vacío hasta ese momento, nos sentábamos a fumar nuestros primeros cigarrillos, a devorar el tiempo con interminables discusiones sobre temas infinitos. A la llegada de la fila de vehículos, y comprendiendo su destino, nos miramos extrañados, algo molestos y preocupados. Por nuestros cerebros pasaron pensamientos similares, todos teníamos en común una impresión de invasión, de intrusión; nuestro lugar de reunión estaba siendo irremediablemente ocupado por extraños y no teníamos las armas necesarias ni adecuadas para defendernos. La casa había estado desocupada por mucho tiempo, los antiguos inquilinos no figuraban ya en nuestra memoria y, por derecho de posesión, el lugar nos pertenecía. Así que resignados, desde el frente de la casa nos dedicamos a observar, tristes y curiosos, el manipuleo de la mudanza.

Greta bajó de uno de los camiones con una seguridad que me sorprendió. En ese momento, por su actitud, pensé que debía ser mayor que nosotros. Nos miró de soslayo, abrió la puerta principal con una llave que sacó de un bolso rojo que colgaba de su hombro y desapareció en el interior de la casa, no sin antes lanzarnos otra mirada furtiva. El ruido seco de una puerta

trancada precedió su reaparición en el sombrío garaje. Con gran esfuerzo abrió el portón de par en par, deteniéndose recelosa en el umbral de ese cuarto oscuro y vacío, que se atragantó con el borbotón de luz que lo acometió de sorpresa. El marco de penumbra y los rayos del sol sobre su cuerpo definían con nitidez su figura esbelta, resaltando la blancura de su piel y el dorado de sus cabellos. Esa fue la imagen con la que dormí esa noche, la soñé así: con su vestido blanco como el alba, un cinturón rojo ciñendo fuertemente su talle, la cartera en bandolera, su cabello claro, brillante y corto, estilo paje, su andar demorado y, a la vez, decidido; su rostro fino de pómulos salientes, sus ojos pequeños, claros, y su mirada ingenua. En ese momento no le di mucha importancia a ese sueño, no sabía del amor y, por lo tanto, no podía reconocerlo cuando se presentó. Estaba, sin embargo, en esa etapa de mi existencia, en estado propicio de receptividad, débil y a merced del primer sentimiento que se presentara. Mi amor debía vagar sin rumbo en busca del ser que le sirviera de objeto y me enamoré de quien llegó en el instante en que sentí ese misterioso afán de unirme a una persona.

Al día siguiente de su llegada, desde muy temprano, como fantasmas, fuimos apareciendo lentamente, uno a uno, en la cuadra. Después de un momento, con la entrada de los personajes principales, la escena se había definido. Cholón estaba sentado sobre el sardinel, frente a su casa, molestando con un palo a un pobre perro callejero que oliscaba el contenido de un paquete de basura; Gino tenía su bicicleta patas arriba, apoyada en el timón y el asiento y ajustaba los rayos de las ruedas. A su alrededor, Richard pateaba una pelota de jebe y el gordo Toño jodía a todo el que podía joder. Pichón llegaba con un paquete de mantequilla que se derretía entre sus dedos y se tardaba rayando las paredes con el pulgar, mientras su madre esperaba el

recado para su desayuno. El chino Enrique, en la bodega de la esquina, preparaba su jamón del país, que era el más sabroso y popular del barrio y a cuya receta ninguna de las mujeres pudo acceder, a pesar de que las malas lenguas decían que lo maceraba en orines de su hijo, alimentado con té chino.

Las chicas del barrio ya habían tomado contacto con la nueva; nosotros no habíamos llegado aún a la edad del corazón y el sentimiento era, sobre todo, de curiosidad. Los hombres andábamos por un lado y las mujeres por otro, no nos atrevíamos a acercarnos y esperábamos que Pocha, la hermana de Pichón, nos viniera a contar lo que había averiguado sobre la recién llegada. El grupo de chicas estaba en el jardín de la casa de la nueva, conversando animadamente; nosotros nos juntamos en torno a la bicicleta de Gino, mirando de soslayo, buscando no sé qué indicios para saber algo de los recién llegados; yo, de la chica. En momentos, ellas volteaban y miraban hacia nosotros, luego hablaban y nos volvían a mirar. En una de esas, la nueva fijó su vista en mí durante algunos segundos, yo le respondí con una sonrisa idiota, me pareció que ella también sonrió, pero volvió a la conversación con el grupo. Era evidente que nos estaban presentando o, por lo menos, le decían quién era quién. Hubiera querido saber cómo me presentaban y qué se decía de mí. Por fin tuvimos la información vía Pichón, a quien enviamos como espía y, como quien no quiere la cosa, se acercó al jardín, entró sigiloso y se sentó junto a su hermana, cosa que a todas pareció natural. Vio, escuchó y luego vino a contarnos.

—Se llama Gretchen.

—¿Gre… qué? ¿Qué es eso? !¡Qué nombre más raro!

—Es que es suiza, pues, huevón, sino se llamaría Teresa, María o Carmen, ¿no es cierto?

—Le dicen Greta.

—¿Grieta? ¿Qué es eso?

—Greta, no grieta. Pucha que ustedes son más ignorantes. Como Greta Garbo, la artista de cine.

—¡Puta, Pichón! Eres más espeso que el *quaker* y ya me tienes jodido con tu lógica cojuda. Ya… ¡Sigue, carajo!

—Hace dos años que vive en el Perú, está en el Colegio San José de Cluny, tiene dos hermanos que están en el San Agustín, su papá representa no sé qué negocios del extranjero y esta es la segunda casa donde van a vivir desde que llegaron al Perú... ¡Puta que, además de español, habla alemán, inglés y francés! No parece gringa porque habla el castellano como la puta madre y no como la abuela de Richard que ya tiene como ochocientos años en el Perú y sigue diciendo: «*Hoga señoga Maguga*».

—¡Ya...! Sigue, cojudo, deja de joder si no quieres un pollo en la cara, so huevón.

—Le gusta patinar, tiene unos patines antiguos, con ruedas de madera, los trajo de Suiza y dice que le van a comprar unos nuevos... Su papá es muy estricto y no la deja salir nunca sola. Preguntó quién era el flaco con la casaca de cuero. Las chicas van a ir siempre a conversar a su casa y el domingo irán todas juntas a la matinée del cine Azul.

La información satisfacía la curiosidad general y, desde ese momento, Greta pasó a formar parte de nuestra vida cotidiana. Reiniciamos nuestros juegos de muchachos, entre los cuales el más importante era el fulbito, que jugábamos en interminables partidos en la pista de la cuadra diez de Enrique Barrón, en el barrio de Santa Beatriz, en Lima.

Para mí, sin embargo, la información no fue suficiente. Quedé con un vacío en mi espíritu en el que se fue creando la curiosidad, tan propicia al nacimiento del amor. Necesitaba saber más sobre Greta y un sentimiento, mezcla de inquietud

y atracción, empezó a aparecer en mi interior. Ese día no era mi día, estaba jugando muy mal, Richard me gritaba porque me distraía y no estaba atento a sus pases. Cholón estaba muy amargo porque el equipo de Gino nos estaba goleando; yo perdía la pelota a cada rato, no corría ni me esforzaba lo suficiente para parar a Lalo, que cada vez entraba con más fuerza. Sin darme cuenta miraba seguido a la puerta de la casa de Greta, pensaba que había preguntado por mí, que sus hermanos iban a mi colegio y que yo también iría el próximo domingo a la matinée del cine Azul.

Cómo es difícil describir un sentimiento desconocido que nos invade, que nos domina y toma posesión total de nuestro ser. El despertar de una emoción nunca conocida, o de la que nunca habíamos tomado conciencia, nos aturde, nos hace vacilar, nos vuelve inseguros, nos domina. Sin embargo, paralelamente, nos hace sentir tranquilos, curiosos, con algo en el inconsciente que nos orienta o que intuye y promete algo bueno, inexplorado cierto, incógnito tal vez, pero positivo. Algo que no va a hacernos daño, que nos va a traer satisfacciones, dicha o algo parecido. Entonces nos entregamos a ese sentimiento y nos damos tanto, que lo convertimos en la esencia de nuestra existencia. Fue así como, casi inmediatamente, sin imaginármelo, Greta entró de lleno en mi corazón, entró en el preciso momento en que lo necesitaba. El sentimiento desconocido, de admiración al principio, se transformó rápidamente: primero en un deseo ardiente de verla, de mirarla, de que su figura se reflejara de cualquier manera en mis ojos. Luego en esperanza, en la ansiedad de que ella me mirara, que fijara su mirada en mí, que sus ojos penetraran en el fondo de los míos. Después quería que me admirara, que supiera que yo era más que los otros,

diferente, mejor, superior en todo: en jugar fulbito, en conocimientos, en inteligencia, en vestir, en mi peinado.

Enseguida se apoderó de mí un ansia por individualizarla, sacarla del grupo de las chicas, pintarla de otro color, darle un brillo diferente, elevarla del piso, ubicarla en una nube o en una urna a la cual sólo yo tendría acceso y ser el único que pudiera admirarla. Luego vendría la etapa de la reflexión constante sobre ella, que me llevó a la búsqueda de toda la información que pudiera tener sobre Greta, etapa que descubrí imprescindible y que más tarde tendría una importancia fundamental en mi vida amorosa: antes de cualquier conquista, es necesario informarse, saber todo lo posible sobre la persona amada y lo que la rodea. Comencé a interesarme por su familia, sus hermanos, sus padres; después por su país: Suiza, Europa. Comencé a estudiar geografía, conocía el mapa de Suiza al dedillo. A mi padre le sorprendía mi repentina vocación de geógrafo y me traía todos los mapas y atlas que le pedía. De esa época es mi conocimiento de la organización política Suiza, de los grupos sociales, de los suizos que hablan alemán en Zúrich, francés en Ginebra, italiano en el Tesino y romanche en el Grisón. Supe de los suizos independentistas del Jura, sabía la historia, hablaba de Guillermo Tell, de Calvino.

—¡Puta, huevón! ¡A quién mierda le importa Calvino! Yo por lo menos aún tengo mis cabellos completos, cuando comiencen a caerse ya me preocuparé por saber quién es Calvino, y ya deja de hablar cojudeces y suelta la pelota.

La palabra cantón aún resuena en mis oídos y, cuando la escucho, la relaciono con Greta y su cabello dorado vuelve a mi recuerdo.

Desde que llegó, ciertas tardes, Greta se sentaba en la ventana de su cuarto, en el segundo piso, y seguía atenta nuestros

inacabables partidos de fulbito, que sólo terminaban cuando la mamá de Gino lo llamaba a comer; cuando llegaba el papá de Cholón con su enorme y potente Harley Davidson y le gritaba que entrara a la casa; o cuando un carro reventaba la pelota de jebe rojo. Estiraba los codos sobre el antepecho y apoyaba su rostro lozano de mejillas salientes sobre sus brazos cruzados. Observaba el juego sin mover la cabeza, lo seguía sólo con el movimiento de sus pequeños ojos. Las otras chicas del barrio también lo hacían a menudo, pero nunca les dimos importancia, era natural, normal. En realidad, y, a decir verdad, en el caso de Greta, yo era el único que le daba importancia y la tomaba en consideración. Me sentía observado, pensaba que me estaba mirando sólo a mí y que acompañaba todos mis movimientos. Me sentía el torero admirado por su manola, a la cual le dedicaba la faena. En esos momentos todo me salía bien, me sentía protegido por un halo que me lanzaba desde su ventana. Combinaba en triángulo con Richard, no le tenía miedo al sucio de Cholón que metía patada como loco. A Pichón me lo pasaba sin problema y, a veces, esperaba que regrese para cabrearlo otra vez, y lo más genial eran los golazos que le hacía al gordo Toño que se creía *o porteiro mais grande do mundo*. En cada gol que marcaba, saltaba alborozado y hacía aspavientos como si hubiera ejecutado al toro de una sola estocada e inmediatamente miraba a la ventana, entonces Greta me recompensaba con una sonrisa y mostraba tímidamente su alegría, escondiendo luego su rostro entre sus manos.

Poco a poco, los muchachos se fueron dando cuenta de la situación, me decían de cojudo para abajo y se confabulaban para que las cosas me salieran mal, tanto los del otro equipo —lo que era natural— como los del mío, celosos del espectáculo que yo trataba de brindar. Las patadas me llovían y tenía que

hacer malabares para esquivarlas. No me pasaban la pelota y tenía que ir a buscarla desde abajo. Me gritaban para humillarme y lo único que conseguían era que Greta mostrara mayor cariño por mí, al menos eso era lo que leía en su rostro. Cada vez que me empujaban y caía al suelo, volteaba a mirarla y ella me respondía con unos ojos a punto de humedecerse.

Todas las noches pensaba, planeaba, exprimía mi cerebro para encontrar la forma de acercarme a ella, por supuesto sin caer en las burlas de los muchachos ni en el desprecio de las chicas del barrio. Hasta ese momento nuestro amor —digo nuestro amor, porque yo suponía que era correspondido, a pesar de no haber cruzado ni una palabra— era intercambio de miradas, sonrisas, sueños y pensamientos. En ese tiempo, el grupo de muchachos no había aún despertado a ese sentimiento ni a los atractivos del sexo opuesto. Antes de la llegada de Greta, la relación que teníamos con las chicas era de indiferencia o de igual a igual: Richard le jalaba las trenzas a Mariana, que iba siempre acompañada por su muchacha, cuando pasaba a comprar a la tienda del chino Enrique. Richard y Mariana tenían doce años. El gordo Toño le metía cabes a Celia, la hermana de Gino, y esta le gritaba groserías en italiano, ambos tenían trece años. Lalo se burlaba de la forma de hablar de la Nena, la remedaba y le gritaba tonterías cuando la veía pasar. Yo, catorce años, cambiaba miradas semi inocentes con Yoly. Ella, tal vez la más madura, y yo, tal vez el más precoz del grupo. Con Pocha, la hermana de Pichón y del gordo Saúl, conversábamos siempre y la tratábamos como parte del grupo de muchachos. Era alegre, sin prejuicios, de nuestra edad, libre. Más tarde nos dimos cuenta de que también era muy bonita. Ella era nuestro nexo oficial con el grupo de chicas, andaba con ellas, le contaban lo que hacían, lo que pensaban de nosotros y ella nos lo transmitía.

—Saben lo que dice la Nena... que Toño tiene granos en la cara porque es sucio y come como un chancho.

—Y sabes lo que dice Toño... que la Nena es una cojuda de mierda y que primero aprenda a hablar como gente antes de estar diciendo huevadas.

—Yoly dice que tu casaca es muy bonita, que la ha visto en Sears.

—¿Así?... Está bien pues.

—Dice Mariana que vio a Richard en el desfile de los colegios de San Isidro. Ella estaba adelante porque es brigadier de su clase en las Dominicas, es la más alta. Cuando desfiló el Roosevelt, Richard pasó marchando bien gracioso por su lado y ni la vio. Cuando dieron los premios, a Richard lo llamaron como cuatro veces, se sacó todos los de aprovechamiento de su colegio. Chanconcito, el huevón este.

—Aprende pues, compadre.

Por lo tanto, en estas circunstancias, no había que ser muy suspicaz o inteligente para concluir que el único medio para aproximarme a Greta era a través de Pocha. ¿Cómo? Ese era otro problema. Lo primero que se me ocurrió fue estrechar lazos con Pichón, su hermano.